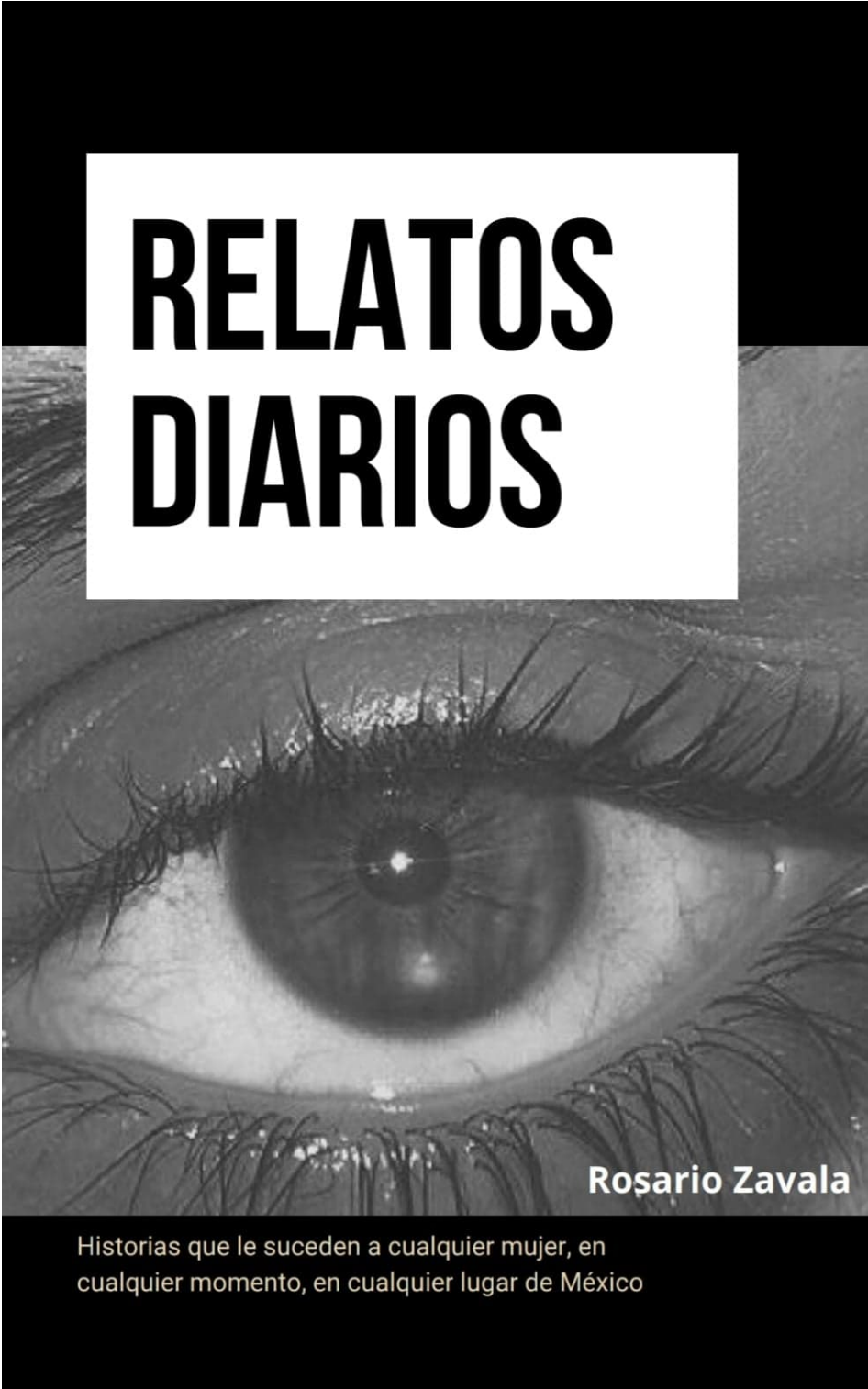


Relatos Diarios

Rosario Zavala



RELATOS DIARIOS

Rosario Zavala

Historias que le suceden a cualquier mujer, en
cualquier momento, en cualquier lugar de México

Capítulo 1

I

Quería moverse, pero la masa de cuerpos se lo impedía, con trabajo y podía desplazarse un centímetro; no importaba cuán temprano llegara, el metro siempre estaba a reventar a las 6:30 de la mañana. Y de repente, esa familiar, pero a la vez anónima sensación la invadió.

Al principio solo fue un rozón, algo tan leve que pensó que solo eran cosas tuyas, imaginaciones; pero, el rozón se volvió un toqueteo constante, pudo sentir como bajo de su cintura hasta sus caderas, de ahí se aventuró hasta sus nalgas y permaneció un largo tiempo en aquella posición, reposando la mano extraña en su cuerpo.

Ella quiso gritar, pegarle o, aunque sea, alejarse de ahí, pero algo más fuerte se lo impedía, miedo. Miedo a que pasara lo mismo que sucedió la primera vez, cuando denunció en voz alta el manoseo, el extraño (en aquel momento un joven de 25 años) negó todo, lo que derivó en un debate entre oficiales, víctima y victimario. Recordó los chiflidos, las miradas enojadas, todos con el ceño fruncido, desesperados por llegar a sus clases o lugares de trabajo.

"No pasó nada oficial" "Todos estamos encimados, de seguro fue un accidente" "¡Ya bájenlos mejor!", gritaba la gente. Cómplices silenciosos con aquel que había invadido su cuerpo con sus manos.

Abrumada por las miradas y murmullos decidió salirse del vagón, esperaría el siguiente, la gente le aplaudió cuando se salió. El policía, pensando que había cumplido con su trabajo, le dedicó un asentimiento de cabeza y se retiró. El culpable, aun adentro del metro, le dedicó un guiño y una sonrisa que hasta el día de hoy la sigue persiguiendo.

"Sí", pensó, "es mejor que me quede callada."

Capítulo 2

II

No sabía cuánto tiempo llevaba en el piso, quizá minutos o horas. Lo que sí recordaba eran sus palabras, hirientes, como brasas quemándole la piel y, no satisfecho con su discurso de odio, le siguieron sus patadas y jalones. Ahora podía escucharlo, después de estar inconsciente por quién sabe cuánto tiempo. El llanto de él inundaba la sala, las mismas palabras de disculpa, de perdón. Se encontraba arrodillado al lado de ella, jurándole que no volvería a gritarle y menos a levantarle la mano nunca más. Promesas vacías que estaba segura que ella misma volvería a caer en ellas, porque, una vez que tu mente cae en el juego, es difícil salir de ahí.

Capítulo 3

III

La reunión con los inversionistas empezaba a las 4 de la tarde. A ella siempre le gustaba llegar temprano. Sentada en la mesa de juntas, comenzó a rememorar su vida. Era algo que solía hacer cuando se acercaban momentos importantes, como este, por ejemplo.

Recordó aquel día ventoso de otoño, las hojas caían lentamente en las mesas de la cafetería, junto a sus amigos de aquel entonces platicaban sobre las distintas profesiones que querían ejercer cada uno, todavía faltaba más de un año para entrar a la universidad, pero las emociones estaban a flor de piel.

"Me gustaría producir videos musicales, ¿ya sabes?, siempre me ha gustado el tema de la producción y la música".

"Pues yo ya me vi como doctor, con una especialidad en cardiología", comentaban sus amigos.

"Pues yo quiero estudiar Finanzas o Administración, me gustaría ocupar un puesto importante, o ¿por qué no? Tener mi propia empresa", compartió ella con sus compañeros.

"Pero para eso, ¿sabes que te tienes que acostar con los jefes verdad?", dijo uno de ellos.

"¿Disculpa?"

"¡Sí! Esa es la realidad en México, la mayoría de las mujeres están en puestos de poder porque se tuvieron que "ofrecer" a sus superiores", habló él, como si estuviera hablando del clima o el precio del café de la escuela.

Ella se quedó anonadada. Las palabras se fueron de su mente y solo pudo quedarse observando la mesa. Quizá hizo un chiste sarcástico sobre el tema, tal vez se levantó enojada del lugar y se dirigió a su siguiente clase, a ella le gustaba pensar que le dio un sermón en la cara a ese chico. Era curioso, recordaba el comentario, pero no la respuesta a este.

"¿Qué habrá sido de él?" "¿Le sorprendería saber que su hipótesis no se cumplió?" No podía pensar mucho en eso, era la jefa de la empresa y la reunión con los inversionistas empezaba a las 4.

Capítulo 4

IV

Un grito rompió el silencio de aquella noche (que igual pudo haber sido cualquier noche), la madre sintió como las piernas le fallaban, alcanzó a taparse los ojos con sus manos, pues no quería ver la escena que tenía enfrente de ella; profirió un lamento al cielo, aquel cielo sin estrellas que parecía compartir su pena. Ahí, delante de ella, descansaban los restos de lo que alguna vez fue su razón de vivir.

Capítulo 5

V

Pánico. Fue la sensación que la recorrió completa cuando sintió la mano, dura, extraña y con fuerza sobre sus nalgas. Desagrado fue lo segundo, volteó a ver a su agresor: capucha blanca escondiendo sus facciones. El sonido distorsionado del piropo llegó a sus oídos pero estaba lo bastante ocupada corriendo para descifrar lo que le había dicho el sujeto.

Mientras se alejaba, pensó en las mil respuestas y acciones que pudo haber hecho para enfrentarse al hombre. *"Pude haberle gritado, soltado un golpe, insultado o incluso intentar grabarlo con mi teléfono"*, pensó mientras corría más aprisa. Nunca se sabe si uno de ellos lleva una pistola.

Capítulo 6

VI

Temprano en la mañana ella se acomodó en un lugarcito afuera del tianguis. Había puesto su mercancía (que consistía en maíz, frijoles y unos cuantos nopales) en su trapo bordado a mano. Tan solo había pasado dos horas cuando dos personas se habían formado enfrente de ella. En su cinturón llevaban pistolas. Las había reconocido porque en su pueblo, los hombres que los obligaban a plantar amapola siempre cargaban con armas en la espalda.

No entendía qué estaba pasando. Le gritaban cosas, solo alcanzaba a entender las palabras “*india*” y “*prieta*”, pues esas palabras las escuchaba todos los días. En español solo sabía decir los precios de sus productos y el nombre del mercado, nada más.

De pronto, la levantaron, la tiraron a la calle y comenzaron a pisotear sus verduras. Intentó detenerlos, les grito, pero ellos tan solo se reían de ella, de sus expresiones, de su habla. Tomaron el trapo y se lo aventaron en la cara.

- Aprende español, india, ya te hemos dicho que no te puedes poner aquí, es vía pública.

Sus risas siguieron resonando en su cabeza, veía las sobras de comida regadas por el suelo. La gente, curiosa, se quedó viendo por un momento la situación para después seguir su camino, nadie intervino.

Se quedó un rato con las manos en el asfalto, en la tierra; esa tierra que un día fue suya y de su gente, pero que le fue arrebatada.

Capítulo 7

VII

Vacía, como un cascarrón viviente. Puede sentir el frío de la acera recorriendo su piel. Las lágrimas que tenía acumuladas en sus ojos se fueron deslizando a través de su cara, sin embargo, esta tenía una expresión pasiva; miraba al cielo en busca de respuestas, buscaba que las estrellas le contestaran el por qué le pasó esto a ella.

Sentía que le dolía todo, sobre todo, la zona en donde él más la torturó. La brisa nocturna entraba por cada poro de su piel gracias a la ropa desgarrada en el acto; ahora solo eran unos simples trapos que adornaban su cuerpo. Aún podía oler sus orines, no contento con su crimen, decidió humillarla aún más.

Tirada en medio del asfalto, solo le quedó esperar a que sucediera el alba para que alguien la notara y alertaran a las autoridades. Se quedó esperando, estática, perpleja. Quizá no había muerto en cuerpo, pero sí en alma.

Capítulo 8

VIII

Invencibles, seguras y valientes. Codo a codo, una masa de mujeres inundó las calles ese 8 de marzo. La ciudad se volvió violeta y verde. Las hojas de las jacarandas parecían haber tomado vida propia, recorriendo las calles de Reforma y Juárez. Miles de mujeres de distintas clases sociales se unieron para protestar por problemas que, aunque se hacen virales, siguen sin obtener respuestas.

Las nietas de las que marcharon primero le hacen honra a sus ancestras, exigiendo a viva voz justicia por aquellas que ya no están; que aunque no estaban presentes en cuerpo, su memoria se mantenía viva a través de las pancartas exigiendo justicia.

El mundo pareció detenerse ese 8 de marzo mágico y feminista. Se llenó de cánticos y gritos de protesta. La nación se detuvo un momento para reflexionar las situaciones que sufren las mujeres en todos los ámbitos de la vida. Se discutió el tema (que debería de discutirse diario) en la mesa y en la cama, en los restaurantes y en los descansos del trabajo, en las escuelas, en las oficinas, en las calles, incluso en las Cámaras. Y, ese día, el país fue totalmente de ellas.

Capítulo 9

IX

Terminó una jornada más de trabajo, cargada de tareas y de correr de un lado a otro, entregando mensajes entre los ejecutivos y los empleados de la planta baja, una faena más, cargada de miradas penetrantes y frases con doble sentido. Un día más con la sensación de asfixia.

Ella llega a su humilde apartamento, tendrá que trabajar toda una vida si quiere conseguir casa propia; pero por el momento, el pequeño espacio le basta pues sabe que, al llegar de su trabajo, encenderá el pequeño reproductor de música que tiene; la música de las bocinas llega hasta sus oídos, deja que entre por su cuerpo, que recorra sus venas, sus brazos, piernas y cabeza se mueven conforme al ritmo. En su mundo solo existe ella, baila para sí misma, el mundo real se diluye y abre paso a una gama de emociones que inundan su ser.

En cualquier momento apagará la música, la adrenalina bajará y tendrá que volver al papel que sigue todos los días, pero, es en esos minutos que tiene para sí misma que ella es libre, completamente.

Capítulo 10

X

Respiró hondo, sabía que era un gran paso. Había esperado 9 años por este momento, tenía miedo aún, claro está, pero ya no podía soportar el dolor más tiempo.

Tomó a sus hijos de la mano, la niña de ocho años y el niño de diez, criaturas que sufrían en silencio los maltratos del padre contra la madre, pero ya no más. Hoy era el día. Agarrando todas las fuerzas que tenía, salió de la casa rumbo a su nueva vida, tan sólo le dejó una cuchara de plata, la que siempre usaba para servirle la sopa. Ella pensó que le dejaba demasiado. Con la frente en alto, salió de la casa. Nunca es demasiado tarde para ser libre.

Capítulo 11

XI

Aferrándose al megáfono, contó su historia. Le temblaban las manos, la voz amenazaba con quebrarse en cualquier momento, podía sentir la mano de su mejor amiga en el hombro.

Terminó, entregó el megáfono a quien tenía más cerca y se cubrió la cara con sus manos, se dejó guiar por su acompañante. Al bajar de la tarima fue recibida por decenas de abrazos y palabras de aliento. “*No estás sola*”, “*yo te creo linda*”, inundaban sus oídos. Una sensación cálida inundó su cuerpo.

No, no estaba sola.

Capítulo 12

XII

A veces se mete en su habitación. Acaricia las sábanas de Blanca Nieves que ella le regaló en su cumpleaños número ocho. Se pone a sacar el polvo a las muñecas que descansan sobre la repisa, testigos del paso del tiempo. Hay ratos en los que se sienta al borde de la cama y se pone a admirar las paredes llenas de dibujos. *"Mamá y yo en la playa"* *"Papá, Mamá, Rodrigo, Tito y yo en nuestra casa."*

Cinco años han pasado, cinco años de dolor, rabia, tristeza y soledad. Un lustro sin escuchar su risa o sentir sus brazos infantiles, aferrándose a ella, en búsqueda del amor maternal.

Tan solo tenía diez años cuando la violó, diez años cuando decidió asesinarla en el lote baldío que estaba a tres kilómetros de su casa. Y lo que más rabia y dolor le daba es que haya sido su propio hermano, el tío de su pequeña, quien cometió el feminicidio.

Capítulo 13

XIII

Mientras arrullaba a sus niños observaba la lumbre que calentaba el café. Se puso a recordar cuando le dijo a su madre que quería ir a la escuela. Tenía unos cuantos amigos que asistían a la humilde construcción que quedaba, casi, a las afueras del pueblo; ahí les enseñaban español, matemáticas y ética. Podía verlos, con su morral y dentro de este, cuadernos y libros; libros tan poderosos que permitían a una persona leer y escribir.

Su mamá la observó un largo rato hasta que por fin habló: “esas son cosas de hombres, tú tienes que aprender a cocinar y a criar a los niños de tu marido, no más.” Desde ese día nunca más volvió a sacar el tema. Se dedicó a tener hijos como le había dicho su madre, hijos que podrían parecer sus hermanos debido a lo joven que era ella, tan solo tenía 19 años. Era en noches como esas que recordaba lo que nunca pudo ser.